

me, y segura regla, manifestada por la luz de la naturaleza misma, con la qual puede descubrir la bondad, ó malicia de muchas acciones, y juzgar de ellas seguramente. El tomar consejo de nuestro particular amor propio en semejantes casos, sería ciertamente tomarlo de un consejero ciego; pero el aconsejarse con el amor universal de todo el género humano, del qual somos parte tambien nosotros, esto sería acertarlo, siendo esta una regla, que se aviene muy bien con aquella noticia natural que ya tenemos de los atributos de Dios, con las leyes de la naturaleza, y tambien con las Divinas Escrituras, que nos enseñan esta bella máxima, para que podamos juzgar con acierto, así de nuestras acciones, como de las de los otros.

Todo aquello que es útil á la república universal de los hombres, es finalmente aquello mismo que llamamos honesto, bien que en quanto honesto debe considerarse, que es Dios su origen, y principio, aunque su efecto, que es lo que llamamos útil, se refunda solamente en los hombres. De lo que llamamos honesto hablarémos mas abaxo. Y si los mas de los hombres no conocen la intrínseca verdad, y justicia de aquel axioma, refiriéndolo á Dios, ó solamente miran en él su propia utilidad; con todo, quando se les pregunte si reconocen, ó no estas acciones por convenientes á la humana sociedad, á la pública felicidad, y por conformes á la intencion del mismo Dios, no podrán menos de reconocerlas, y confesarlas por tales, dexándose ver en ellas al punto su conformidad con las leyes de la naturaleza, las quales tienen finalmente por Autor al mismo Dios.

## §. V.

**L**Oke añade, que hay Pueblos en las Indias Orientales, y Occidentales, que quitan la vida á sus mismos padres quando han llegado á cierta edad: que se comen sus propios hijos, y á sus enemigos: que en-

tierrán vivos á los enfermos deshauciados. Y si creemos al mencionado Autor, algunas Naciones de las mas cultas en otro tiempo no escrupulizaban en exponer sus hijos, ó para dexarlos morir de hambre, ó para que fuesen pasto de las fieras mas crueles. No sé que verdad tenga esto; pero sé muy bien, que los exponian con la intencion de que los recogiesen los que podian criarlos, haciéndolos sus siervos, ó esclavos. Ademas de esto, segun dice el mismo Autor, se hallan personas, que sin escrúpulo, y francamente obran contra todas las reglas de la Moral.

Figurémonos, pues, una Ciudad tomada por asalto, donde no se registra otra cosa que muertes de hombres, robos, sacrilegios, estupros, sin que en aquellos soldados rabiosos se descubra algun principio de moral buena, ó algun remordimiento de conciencia. Esto supuesto, se responde ser cosa vergonzosa, que hombres por otra parte grandes intenten desacreditar la razon humana con el exemplo de los bárbaros, y de los hombres perversos. Si aquellos no consultan la razon que Dios les ha dado, ¿que maravilla será que no distingan las acciones malas de las buenas? Tampoco conocen estos tantas verdades evidentes, así de Física, como de Matemática, que son notorias, y claras á las Naciones cultas de la Europa; ¿y por esto hemos de dudar de estas verdades, ó decir que no las descubre la razon? Tienen necesidad aquellos bárbaros, ó de ser bien instruidos, ó de cultivar, y hacer mejor uso de su razon, y entonces no tardarán mucho tiempo en conocer lo mismo que nosotros.

Yo estoy persuadido, que preguntados aquellos bárbaros, si el quitar la vida á un inocente por solo el capricho, y voluntad de otro hombre, sea bueno, ó malo; responderán al punto, que esto es malo, no pudiendo menos de conocer, que si juzgan diversamente, juzgarán contra el bien comun de todos los hombres, en cuyo número entran tambien ellos. Y si exercitan,

y tienen en uso la bárbara crueldad de matar á sus hijos, á sus viejos, á sus enfermos, y prisioneros, no es porque no sienten el dictamen de la naturaleza, que tiene por término, y fin la felicidad comun, y universal; sino es porque creen falsamente, que es mejor para aquellas personas particulares el quitarles la vida, librándolos con esto de las miserias, y trabajos del mundo, ó porque juzgan, y tienen por justa su muerte, como nosotros juzgamos, y tenemos por justa la de los públicos malhechores. Por lo demas, no se duda, que la luz de la razon natural puede ofuscarse por una mala costumbre introducida en Pueblos enteros, pareciendo lícito, y laudable lo que practican muchos, sin exáminar si sea, ó no conforme á las leyes de la humana naturaleza.

Habia en la Tartaria un Pueblo, segun escribe Marco Polo, que reputaba por accion gloriosa, y nada indecorosa el convidar á los forasteros con sus propias hijas, y mugeres; y plugiese á Dios, que en las Indias Orientales hubiese cesado tan perversa costumbre; pero aquellos infames mercaderes, y negociantes de la honestidad de sus propias hijas, y mugeres, tuvieron despues por corrector de su demasiada, é indecente cortesía un Emperador Tártaro, esto es, tan bárbaro como ellos, pero que con mayor atencion miraba las leyes de la naturaleza, y escuchaba las lecciones de la razon humana. Finalmente debemos decir, que si alguno de aquellos bárbaros, de quienes se refieren acciones tan bestiales, y desarregladas, viniese á nuestra Europa, y reflexionase un poco sobre nuestras buenas costumbres, bien presto le avisaria su razon misma, que son laudables las nuestras, y vituperables las suyas.

Y sin venir á la Europa el infatigable zelo de los misioneros ha conseguido que los Pueblos bárbaros del Paraguay, y de otros parages de la América Meridional, se hagan racionales, para explicarme así, ense-

ñán-

ñándoles la máxima de la honestidad, y de la vida civil, para lograr despues hacerlos buenos Christianos. Quando estos se ven ilustrados, llenan de bendiciones á quienes los ha sacado de su brutalidad, y barbarie. Por lo que mira á los viciosos, y malvados, de que abundará siempre el mundo, tengo por ocioso el decir algo, por ser cosa evidente que una pasion impetuosa, ó brutal, basta mientras ella dura para oprimir, y sofocar la voz de la razon. Pasada esta pasion, y aun tal vez en medio de ella, se oye aquella voz, y con su dictamen se conoce lo que es el bien, y el mal, aunque conociéndolo elijan muchas veces el mal los malos, y perversos.

De hecho, los apetitos desenfrenados, y las desarregladas pasiones, son las que llevan á una criatura racional al deplorable estado de no distinguir en varias ocasiones el bien del mal, ó á obrar con los ojos abiertos contra la razon misma, y contra las leyes eternas de la justicia, de la equidad, de la verdad, y bondad, que por medio de esta razon bien empleada se descubren clarísimamente. Todo esto nos ofrece una clara prueba de que hay pasiones, y pasiones desenfrenadas; pero no prueba que el buen uso de la razon dexé de enseñar al hombre naturalmente, y guiarle para que en el ejercicio de sus mas principales empleos, conozca lo que es virtuoso, y vicioso. Prueba que las pasiones engendran, y sostienen el vicio, y que este tiene fuerza bastante para ofuscar la razon algunas veces; pero quando esta se halle libre de semejante enfermedad, recobrará con el ejercicio su antiguo vigor.

## §. VI.

**T**Raygamos ahora á exámen una queja que Plinio el mayor hizo, y dexó escrita en su tiempo, la misma que tambien hizo Plutarco. Fúndase en una observacion verdadera, que hizo, y de que sacó una con-

Tom. I.

13

se-

sequeñcia agena, por no decir indigna, de un Filósofo, qual fué Plinio, ó por lo menos él juzgaba serlo. Observó, pues, que la naturaleza habia suministrado providamente, de vestidos á las bestias, y á las aves, á muchas de ellas de habitacion, á otras de una vista muy perspicaz, de fuerzas, y armas para su defensa; y que todos salen, y nacen industriados en todo aquello que conviene á la conservacion de sus individuos, y propagacion de su especie; quando el hombre viene al mundo totalmente desnudo, sin casa donde habitar, sin armas para defenderse, inferior en la vivacidad, y perspicacia de los sentidos á tantas criaturas, y lo que es mas, envuelto en las sombras de una total ignorancia. De todo esto infiere Plinio, que la naturaleza hace el oficio de madre con tantos animales, y el de madrastra para con los hombres: consecuencia falsa, acusacion ciertamente injusta.

Dios, que es el Autor de la naturaleza, dando al hombre el entendimiento, y la razon, le dió en estas dotes tan apreciables todas las cosas. Envie un amo á un criado suyo á un viage muy largo, sin darle comodidad alguna para hacerlo; pero al tiempo mismo apróntele una gran suma de dinero; quién no advierte, que con el dinero le dá caballos, carruage, cama, posada, mantenimiento, y las demas comodidades para el camino? Lo mismo podemos decir del Artífice Supremo: quando en la creacion del hombre, y para el viage del mundo lo proveyó, y equipó de aquella maravillosa fuerza, y virtud del entendimiento, y la razon, le puso en su mano una llave maestra, con que puede abrir mil escritorios, en que la naturaleza tiene sus tesoros escondidos, y las leyes de la moral entre ellos. Nada mas necesita el hombre, no solo para procurarse, y adquirir el sustento necesario, sino tambien el regalo delicioso. El entendimiento es para el hombre pan, vestido, casa, y armas para su defensa. Del entendimiento tienen su origen las ciencias, y artes, y

la

la interminable serie de aquellas verdades, y noticias científicas, y prácticas, por las cuales aquel hombre, que nació tan ignorante, y rudo, puede llegar á ser muy inteligente, y docto.

Esta consideracion debería tenernos continuamente empleados en cantar himnos de alabanza, y gloria al Señor, que nos ha dado la preciosísima joya de la razon, y entendimiento, de que carecen los brutos, atribuyendo, como debemos á su beneficencia, y amor todo quanto han inventado, y descubierto sobre la tierra el entendimiento, y razon de los hombres en varias ciencias, fábricas, y facultades. A la verdad, si hemos recibido de su benéfica mano la causa de estos efectos: ¿por que no serán regalo, y dádiva de este Señor los efectos mismos? El nos ha plantado el arbol; al mismo debe atribuir los frutos nuestro humilde, y agradecido reconocimiento. Y aquí debemos observar atentamente, que habiendo Dios con esta razon, y entendimiento dádonos, juntamente una fuerza, y virtud para conocer muchos objetos, y discernir en ellos lo verdadero, y lo falso, las relaciones, las causas, las diferencias, subordinaciones, propiedades, virtudes, &c. de las cosas criadas, no por esto somos nosotros los que formamos estas verdades ya mencionadas, como ni tampoco las leyes, y orden de estas cosas.

Todo el trabajo de nuestro entendimiento consiste solamente en descubrir tales leyes, y tales verdades; quiero decir, en encontrar aquello que es en la realidad, y que era, y seria sin que existiésemos nosotros; lo que podria llamarse sin temeridad, excitar en nosotros ideas innatas, segun la sentencia de Platon ya referida, sirviendo nuestra consideracion, y reflexion de avisarnos, que se halla dentro de nosotros mismos aquella luz interior, que antes no habiamos conocido. Mas para descubrir estas verdades es necesaria mayor, ó menor aplicacion, é industria, segun el objeto, y la materia. ¿Que persona, aunque dotada de un ele-

vado ingenio, pero sin experiencia, acertaria el modo de hacer con perfeccion un tapiz, ó de texer una estofa con seda, oro, y plata, en que van enlazadas varias figuras, hermosas, y delicadas flores, y otras cosas primorosas, y bien ordenadas? Podria ciertamente pensar en ello por mucho tiempo; pero no acertaria con el artificio: con todo, la industriosa razon de los antiguos, y modernos ha ido poco á poco perfeccionando con sus invenciones esta nobilísima arte.

Asimismo el advertir que dos, y dos hacen quatro, que el todo es mayor que una parte, que la piedra iman atrae á sí el hierro, y que tocando con ella una aguja, mire, y busque esta siempre al Polo: que uno, ó dos vidrios de cierta figura, y grandeza, puestos en distancia proporcionada en un cañon, ó tuvo, engrandezcan, ó disminuyan los objetos: que la corteza llamada quina sea un remedio pronto, y eficaz para cortar la fuerza, y desvanecer la calentura mas ardiente. Todo esto, digo, no es otra cosa, que un conocer, y descubrir las sabias leyes, que el Supremo Artífice estableció en la formacion de la esencia, y buen orden de estas cosas, y produccion de semejantes cuerpos.

Nosotros en el descubrimiento de estas verdades no podemos gloriarnos de otra cosa, que de un poco de industria, y del buen uso de la razon, que con los rayos, y resplandor de su luz, nos introduce en los gabinetes de la naturaleza, y nos sirve de escala para que subamos hasta el conocimiento de Dios, y de sus atributos infinitos, bien que de un modo limitado, y finito. Aun quando supongamos (lo que no haré facilmente) que no hay idea alguna innata en el hombre, basta que sea innata en él la razon, la qual por sí sola puede mucho para descubrir la verdad de tantas cosas; pero puede mucho mas ayudada por la razon de hombres sabios. Por lo que toca al no poder llegar á descubrir otras muchas verdades, y engañarse muchas veces juzgando lo falso por verdadero, esto arguye, que

es limitada nuestra facultad; pero no el que sea escasa su virtud, ó la luz de la razon, de la que si usáramos bien, exáminando naturalmente las cosas, y las acciones, no nos engañáramos tan facilmente en muchas ocasiones.

## §. VII.

Quanto se ha dicho en orden á descubrir lo verdadero, y lo falso, conduce tambien para el descubrimiento de lo bueno, y lo malo, de lo hermoso, y lo feo, de lo honesto, é indecente de las humanas acciones. Todo aquello que es dañoso, y contrario á la felicidad del género humano, y todo lo que le es util, y provechoso (que con razon podemos llamar honesto) no depende de nosotros el que sea ó no sea tal. Siempre ha sido, siempre es, y siempre será del mismo modo. Nosotros podrémos descubrirlo como es, pero no cambiarlo. Por tanto es necesario reducirse á un primer principio, el qual tenga ordenadas las cosas de tal manera, que tales, y tales acciones conspiren á esta felicidad, y las contrarias la destruyan.

Este principio no puede ser otro que el mismo Dios, de quien hablaremos despues. Y ciertamente que en la suposicion indubitante de que hay un Dios, que es la misma sabiduría, no puede creerse jamas, que Su Magestad haya dexado, y entregado á la contingencia, y al acaso los nobilísimos espíritus humanos, como quien arroja al mar odres llenos de viento, sin proveerlos de alguna luz, para conocer lo que convenga, ó no convenga á su dignidad, y á los fines que en su creacion se propuso un tan sabio Arquitecto. Con efecto nos ha concedido el Criador esta incomparable luz en la revelacion de la Religion santa, que profesamos. Ademas de esto, trabajando nosotros con la razon que nos ha dado, ha formado dentro de nosotros mismos otro farol, ó antorcha, con la que podamos discernir en las acciones humanas la bondad, y la ma-

hacia; siendo mas facil el conocer qué acciones sean virtuosas, ó viciosas, laudables, ó vituperables, quando se confrontan las unas con las otras.

Aun el rústico mas bárbaro, el joven sin experiencia, tendrán luz suficiente, que les franquea su razon misma, para distinguir las acciones buenas de las malas, siempre que quieran reflexionar un poco; y aunque esto no suceda siempre, ni en todos los casos, puede suceder ciertamente en muchísimos. Acontece en esto lo que en las verdades, muchas de las cuales nos dan al instante en los ojos, quando otras se esconden de nuestra vista. Lo mismo debe decirse de algunas operaciones morales, cuya deformidad, ó hermosura nos es tan evidente, que basta el verlas para alabar unas, y vituperar otras; quando para discernir la bondad, ó malicia de algunas otras, es necesaria mayor luz, y mas atenta reflexion. Y últimamente está tan escondida la moralidad de muchas acciones, que quando los hombres mas doctos quieren determinar sobre este punto, y juzgar si son lícitas, ó no semejantes acciones, son diversos sus dictámenes, y pareceres, por ser cosa difícil el echar una linea recta, y segura entre los límites, y extremos de la virtud, y el vicio; sin que se siga de esto, que la razon del hombre dexé de tener gran pulso, y fuerza para llegar á descubrir el orden, y desorden, el vicio, y la virtud, así en sus operaciones propias, como en las de otros.

Sócrates el Filósofo, solamente con preguntar á sus jóvenes discípulos, que aun no tenían conocimiento experimental de las ciencias, y aun apenas una leve tintura de ellas, hacia, y lograba que ellos mismos descubriesen lo verdadero, y lo falso, lo bueno, y lo malo, lo hermoso, y lo feo de muchas cosas, y de no pocas acciones. Y á la verdad, si el hombre por medio de su natural razon ha sabido encontrar, reconocer, y para decirlo así, desenterrar infinitas verdades,

cau-

causas, efectos, virtudes, relaciones, &c. de muchos cuerpos para el propio sustento, y comodidad; y aun hasta para la magnificencia, y delicia de la vida animal, y civil sabe inventar tantas artes, y artificios tan admirables: sabe formar, y adquirir un gran capital de ciencias; ¿quién dirá que del mismo modo, y por el mismo medio no podrá igualmente conocer todo aquello que hace que sean bien ordenadas, ó desordenadas sus propias costumbres?

Búsquese con diligencia esto, y se encontrará al punto. Pero no puede explicarse bastantemente quanta, y qual sea en orden á esto la desatencion, y poco cuidado de los mortales, que nada piensan, nada solicitan para buscar, y contemplar qual sea la voluntad de Dios, por lo que toca á obrar, ó dexar de obrar en esta vida; ni qué camino sea el que los lleve seguramente á la felicidad verdadera; ni qué acciones convengan, ó no convengan á la criatura racional; esto es, no consideran lo que es virtud, ó vicio, ni los premios, ó castigos, que por lo comun se siguen al vicio, y á la virtud, aun en esta vida, é infaliblemente despues en la otra. Y ademas de este gravísimo descuido, están muchos de los hombres preocupados de falsos errores, y perjuicios, llenos de máximas ridículas, que les inspiraron en su niñez, ya la educacion, ya los exemplos de los compañeros, y ya el uso del país donde nacieron, y se criaron: ni jamas les viene al pensamiento el cultivar su propia razon, ni el escuchar el dictamen de los hombres sabios, que viven actualmente, ó de los que despues de muertos viven en sus propios libros, y escritos.

El mismo Ciceron en el lib. 3. de las Quëstiones Tusculanas reconoció, y nos dexó escrito, que la naturaleza nos ha dado una cierta luz, la qual si nosotros no la intentásemos apagar con malas costumbres, con perversos hábitos, con falsas opiniones, y con desarregladas pasiones, bastaria para que juzgásemos bien.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MATEOS"  
1910. 1825 MONTERREY, MEXICO

giésemos, y obrásemos mejor. Pero nosotros, descuidados, y aturdidos, á nada de esto atendemos, ó si en alguna cosa reparamos, no es ciertamente para aprender á vivir como hombres sabios, siendo esto lo que nos importa mas que todo.

Tambien conviene observar, que Dios nos ha dado el entendimiento, y la virtud de racionar, que es lo que llamamos razon, para que en nuestras operaciones nos sirva, á fin de saber distinguir lo que verdaderamente es bien; esto es, lo que constituye nuestra felicidad, y lo que verdaderamente es mal; y ademas lo que entre los bienes para nosotros es lo mejor, lo mas propio, y necesario para hacernos felices, no por un momento solo, sino para siempre. Y porque tenemos los apetitos, y las pasiones, que con la apariencia del bien, ó de lo mejor, nos arrebatan con furor algunas veces á elegir lo que en sí mismo es mal, ó lo es porque nos impide un gran bien; por tanto ha dado Dios á nuestra alma la libertad con tal fuerza, y virtud, que con ella puede, si quiere, prevenir, y detener la precipitada carrera de estos movimientos internos, y desarrreglados, de manera, que nuestro entendimiento, ó razon exámine primero atentamente si lo que la pasion ardiente le propone sea verdaderamente un bien, ó acaso un mal, previendo, y meditando las consecuencias de aquella accion.

He dicho que tenemos la libertad, que es uno de los principios de toda accion moral; y por tanto podemos, si queremos, mandar á la pasion que calle, y se detenga hasta tanto que se balancee, y reflexione si aquella obra que vamos á practicar conduzca verdaderamente, é influya para nuestro bien, ó para nuestro mal. Pero nosotros, perezosos, y necios, sin hacer buen uso tantas veces, ni de nuestra razon, ni de nuestra libertad, damos oidos solamente á la voz, y consejo de la pasion. Excita esta en el interior del hombre una gran conmocion, y una molesta inquietud; y parecién-

do-

donos que nos hallamos entonces en un estado infeliz, procuramos sacudir esta molestia, consintiendo á lo que nos propone la pasion. No hay pasion alguna, que, ó directa, ó indirectamente no nos proponga algun bien, ó algun placer; y lo que es mas, suele ofrecernos bienes presentes, y como próximos á lograrse, y conseguirse; en comparacion de los quales, muchas veces se proponen mayores bienes, aunque mas distantes: y es proverbio comun, aun entre el vulgo, *que es mejor hoy un buevo, que mañana una gallina.*

No debe, pues, maravillarnos, si ansiosos de nuestra felicidad, y mas de la presente, que puede satisfacer sin dilacion, que de otra qualquiera, cuyo logro debemos esperar por algun tiempo, corramos á satisfacer la voluntad, agitada de la pasion, sin detenernos á reflexionar si obramos, ó no prudentemente, eligiendo un bien verdadero, y una felicidad durable; ó al contrario, una felicidad transeunte, ó un bien aparente. No niego que podremos lograr algun gusto, y llamarse aquel un bien deleytable; pero quando con licencia de la pasion se quisiese consultar maduramente, la razon misma, antes de obrar, nos enseñaria aquella, y nos haria tocar como con la mano, que aquel bien dexa de ser tal, ó por mejor decir, es un mal verdadero, contrario á nuestra verdadera felicidad, porque nos traerá, ó podrá traer tales dolores, tales males, y tanta desdicha, que en su comparacion ningun prudente, y juicioso querrá elegir aquel poco de bien, con todo que sea, y se repute entonces como presente.

CA.